

Chascon contra Taurín

'EL HOMBRE LEÓN'



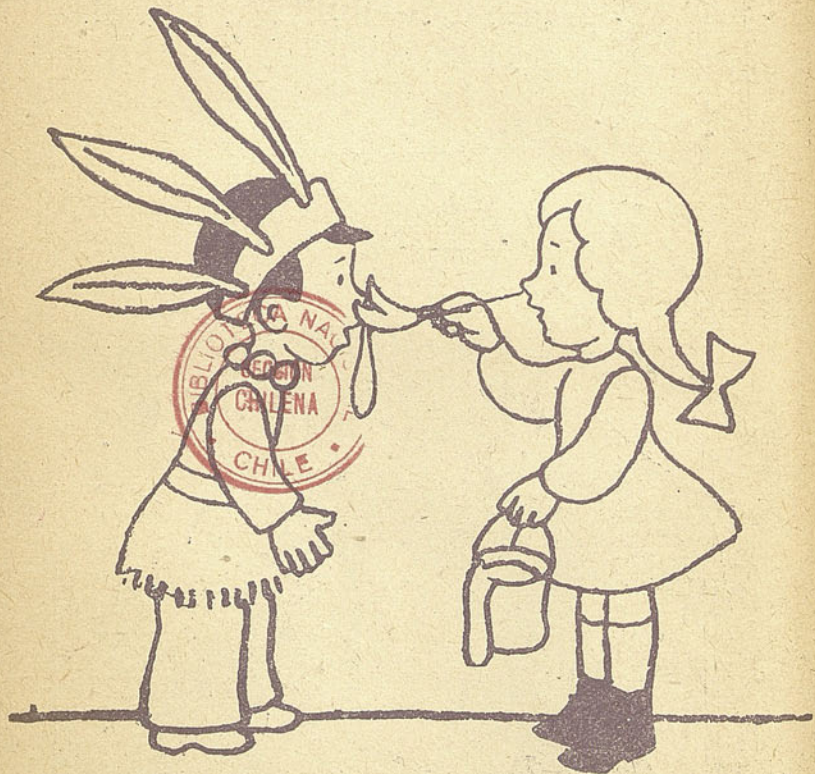
Chascon
Revista infantil

Nº14
Año 1



Redacción y Administración: Agustinas 1639. —Casilla 2787

REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES



Lo mismo que esa niñita pinta las narices al sorprendido indiecillo, pinte el cuadro que va al final de la revista y leyendo las bases del concurso, verá lo que puede ganar



Chascón contra Tarzán

Episodio N.º 14

A pesar de la perversidad que demostraba continuamente Tarzán, el bondadoso y valiente Chascón no quiso que muriera en la trampa que había en la selva para cazar animales.

—Yo no soy capaz de cometer una acción tan indigna como sería la de dejarte morir como a una fiera peligrosa— le dijo Chascón, echándose al hombro, pues Tarzán no podía caminar.

Tarzán no le dió las gracias. Al contrario, frunció el ceño, humillado y rabioso. Es que Tarzán tenía no solamente mal genio sino mala sangre. Hijo de gringos grujones y habitante de los bosques más lejanos, no contaba con ninguna tradición que mereciera algún respeto.

—De manera que en cuanto estés dispuesto y seas capaz de combatir, te castigaré como mereces, por traidor e innoble — agregó Chascón.

Tarzán, al oír esto, de buenas ganas le hubiera dado un puñetazo en la nariz a

su enemigo; pero estaba imposibilitado para hacer el menor movimiento. Además, le temía enormemente, ahora, después de tantas derrotas seguidas, a la fuerza de los puños de Chascón.

Iban caminando, pues, muy tranquilos, cuando he aquí que escucharon un rugido espantoso. Chascón se detuvo.

—¿Qué será eso? — preguntó Chascón—. Seguramente, es algún león gigantesco. Me voy a ver obligado a luchar con él.

Tarzán comenzó a temblar como un niño abandonado.

—No tengas miedo, cobarde — le dijo Chascón—. Yo te defenderé.

Entonces Tarzán empezó a tartamudear de puro susto y pudo decir, por fin:

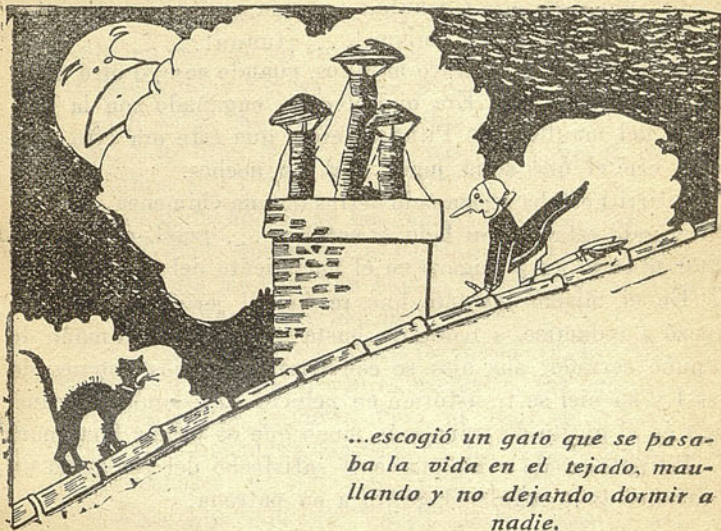
—Ese rugido lo conozco: es del Hombre-León, el más peligroso habitante de esta selva. Se trata de un gigante que tiene una fuerza inverosímil. Puede arrancar los árboles de un papirotazo. Es muy feo, muy grande, muy cruel. Una vez, hace pocos meses, luchó contra una tribu entera de indios armados, y la derrotó nada más que con una quijada de burro. Cada golpe que daba era más tremendo que el derrumbe de una montaña. Creo que lo mejor que podemos hacer es, huir pronto, a la mayor velocidad posible.

—Chascón no es hombre capaz de huir como un Tarzán cualquiera, como un cobarde ridículo — dijo Chascón, lleno de orgullo y temeridad. Si el Hombre-León se acerca, lucharé con él. Y veremos quién triunfa.

—Te derrotará — dijo Tarzán, sollozando—. El Hombre-León no ha sido derrotado jamás.

(Siga leyendo en las páginas centrales estas maravillosas aventuras).

El maravilloso invento de Pitirriti



...escogió un gato que se pasaba la vida en el tejado, maullando y no dejando dormir a nadie.

I

Pitirriti, estaba estudiando un invento. ¡Y qué invento! Largas horas permanecía sobre su mesa de trabajo haciendo cálculos y revolviendo libros. Interminables noches pasaba en su laboratorio, inclinado sobre sus retortas y sus alambiques, hasta que un día, ¡al fin!... consiguió el invento más extraordinario que han visto los siglos.

El invento de Pitirriti consistía en poder transformar las personas y las cosas en juguetes.

Y lo primero que hizo, naturalmente, fué ensayar los resultados.

Para ello escogió un gato que se pasaba la vida en el tejado, maullando y no dejando dormir a nadie. Y una noche, después de las doce, nuestro inventor, armado con una jeringuilla cargada con el líquido misterioso de su invención, se subió al tejado y empezó a maullar con una perfección absoluta: ¡Miau!... ¡remiau!... ¡miauu!... ¡fuuuu!...

No habían pasado cinco minutos, cuando se oyó otro maullido que se acercaba. Era que el gato, engañado con la perfección del maullido de Pitirriti, creía que éste era otro gato vecino con el que solía jugar por las noches.

Pitirriti estaba agazapado detrás de una chimenea. Al poco rato el gato estaba a su lado, y entonces... ¡zas!, nuestro inventor le soltó un jeringazo en el nacimiento del rabo.

En el mismo instante que recibió el jeringazo, el gato empezó a reducirse, a reducirse hasta quedarse del tamaño de un puño cerrado; sus ojos se convirtieron en dos botones de cristal y su piel se transformó en peluche. Quedando así cambiado en el gatito de trapo más mono que os podéis imaginar.

Pitirriti quedó completamente satisfecho del resultado de su invento y le regaló el gatito a su patrona.

II

Estamos en los jardines del palacio real del Reino Florido. Por ellos pasean el rey, la princesa, el bufón, dos damas de servicio y el galgo favorito.

La princesa tiene quince años, es linda como un capullo y se llama Rosa-Luz. Su padre, el rey, es lo que se dice un buen rey: bondadoso, amante de su pueblo y generoso con todo el mundo. Se llama Florián y es el quinto de su dinastía.

Malas noticias han llegado a palacio. Su Majestad Florián V está preocupado, y la princesita Rosa-Luz no se ríe según su costumbre.

Es inútil que el bufón *Jorobeta* dé saltos y agite sus cascabeles. Es inútil que *Ligero*, el galgo favorito, se acerque jugueton y mimoso a su amita...

Malas noticias han llegado a palacio. El rey de las Islas Verdes ha pedido la mano de la princesa Rosa-Luz, amenazando, en caso de ser rechazado, con una guerra terrible. Y el rey de las Islas Verdes es tan poderoso como malo.

Por estas causas Su Majestad Florián V está preocupado, y su hija, la princesita Rosa-Luz, no se ríe según su costumbre.

Los embajadores de las Islas Verdes esperan la contestación. El plazo concedido a Florián V expira dentro de dos días. Aquella mañana han bajado al jardín el padre y la hija para determinar lo que han de hacer.

—Padre y señor — dice la tierna Rosa Luz—, no te preocupes más. Puesto que es necesario, me sacrificaré y seré la esposa de ese tirano—. Pero, al decir esto, los ojos de la princesa se llenan de lágrimas, y un triste suspiro se escapa de su pecho.

—No, hija mía, no. Yo no puedo consentir que tú seas desgraciada; prefiero acabar con mi pueblo y mi reinado. ¡Y pensar que no hay nadie que pueda salvarnos!

De pronto, Rosa-Luz se lleva a la frente su diminuta y blanca mano.

—¡Ah, padre mío! — exclama —. ¡Qué idea se me acaba de ocurrir!

—¿Qué dices, hija mía?

—Señor, sólo un ser excepcional puede salvarnos, ¿no es esto?

—¡Ay, sí! Pero ese ser excepcional, ¿existe?

—Existe, padre y señor.

—¿Quién es?

—Un ser que en los más terribles peligros ha salido siem-

pre vencedor; un ser que une la inteligencia y el ingenio a un valor sin límites; en una palabra: Pitirriti.



Un carro muy bruto golpeaba con una vara a un pobre caballo.

—¿Y tú crees que Pitirriti podría?...

—Pitirriti lo puede todo.

—Pero, ¿cómo avisarle, hija mía?

—Mandemos emisarios a todas partes, demos, mientras tanto, largas al tirano de las Islas Verdes, pidiéndole un mes de plazo para decidirnos. De aquí a entonces, Pitirriti tendrá

tiempo de venir en nuestro auxilio, y si él no nos salva, es que no tenemos salvación.

Al día siguiente, los embajadores de las Islas Verdes se volvían a su país llevando una carta de Florián V, en la que éste solicitaba el plazo de un mes para decidirse, alegando que la princesa Rosa-Luz estaba terminando el quinto año de solfeo y no tenía tiempo de ocuparse de otra cosa que no fueran sus estudios.

Al mismo tiempo partieron emisarios para las cinco partes del mundo con la misión secreta de buscar a Pitirriti y entregarle una carta que decía así:

“Mi querido y admirado señor Pitirriti: Tan pronto como reciba usted esta carta, póngase en camino y venga, sin perder un minuto, a este su palacio real del Reino Florido.

“Se lo pido yo, que soy la princesa Rosa-Luz, y me encuentro en un apuro terrible. He leído todas sus maravillosas aventuras, y sólo tengo confianza en usted.

“Hasta la vista, se despide su afectísima y segura servidora,

La Princesa *Rosa-Luz*.

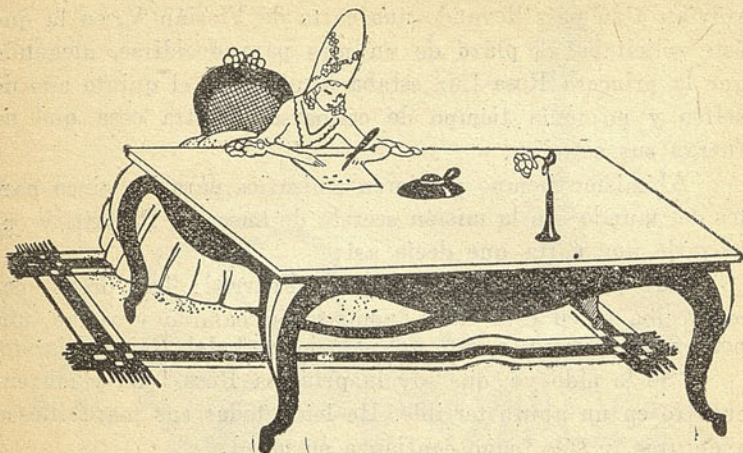
III

Pitirriti estaba preparándose precisamente a utilizar su nuevo invento, cuando se presentó en su casa un emisario de los que habían salido del Reino Florido, y le entregó la carta de la princesa. Sin perder un momento cogió su maletín de viaje, metió en él tres mudas y su maravillosa jeringilla; y sin despedirse de nadie, tomó el tren.

Pero antes, puso un telegrama a la princesa en estos términos:

“Llego *express* nueve mañana. Supriman manifestaciones. Viajo incógnito para mejor resultado empresa.—*Pitirriti*.

Al día siguiente llegaba al palacio real del Reino Florido. Penetró en la regia estancia, donde se hallaban Florián



La princesa Rosa-Luz escribió una carta a Pitiriti.

V y la princesa Rosa-Luz.

—Adelante, valeroso extranjero — dijo el rey.

—Estoy a las órdenes de Vuestra Majestad — contestó Pitiriti, avanzando hasta los pies del monarca.

—El asunto es el siguiente—prosiguió Su Majestad—: El rey de las Islas Verdes es un gigante más malo que Caín; cruel, tirano y déspota hasta no poder más.

Un día que pasaba por mi reino, vió a mi hija, la princesa Rosa-Luz, y se enamoró de ella. Al momento decidió hacerla su esposa. Como comprenderás, ni a mi hija ni a mí nos conviene esta boda, y con muy buenas razones dijimos que no podíamos aceptar. Pero el tirano de las Islas Verdes me ha contestado que si no accedíamos a su petición, vendrá con un ejército formidable y se llevará a la princesa por la fuerza.

Como, desgraciadamente, el rey de las Islas Verdes es

mucho más poderoso que yo, no cabe la esperanza de resistirle. Esta es la terrible situación en que nos encontramos. Mi hija cree que sólo tú puedes salvarnos. Tú dirás.

—Señor — contestó Pitirriti — mucho me honra la confianza de Su Alteza Real la princesa Rosa-Luz, y por mi parte, pondré todos los medios que estén a mi alcance para salvar a Vuestra Majestad del apuro en que se encuentra. Mi plan es este: Mañana mismo me embarcaré para las Islas Verdes, y allí, junto al tirano, veré lo que tengo que hacer. Precisamente acabo de hacer un invento que espero me servirá mucho en esta ocasión. Es cuanto tengo que decir.

IV

Pitirriti llegó a la capital de las Islas Verdes. Durante el camino había estudiado un plan. Este consistía en perturbar la vida de la ciudad de tal modo, que el rey no tuviera más remedio que ceder a las condiciones que Pitirriti le impusiera, si quería recobrar la tranquilidad de su reino.

A los pocos pasos vió un grupo de gente. Se acercó; en el centro, un carretero muy bruto golpeaba con una vara a un pobre caballo que no podía arrastrar un carro excesivamente cargado. El caballo miraba tristemente a su verdugo, como diciendo: “Pero, ¿no ves que no puedo con tanto peso? ¿Qué culpa tengo yo y por qué me pegas?”

Pero el bruto del carretero, lejos de comprender aquella mirada, seguía cada vez más enfurecido, golpeando al pobre caballo.

Pitirriti se acercó disimuladamente, sacó su jeringuilla y... ¡zas!, el caballo quedó convertido en un caballito de cartón. El carretero, al ver que su caballo se había transformado en un juguete, se quedó con la vara en alto y los ojos redondos.

El público estaba tan asombrado como el carretero. Nadie se explicaba cómo aquel caballito de cartón podía ser el caballete de carne y hueso de pocos momentos antes.

A todo esto, por en medio de la calle venía un ciclista tan distraído, mirándose en los cristales de los escaparates, que ni se fijaba en el grupo, ni se desviaba de su camino.

Un pobre cojito que estaba parado, mirando lo que ocurría, iba a ser víctima del presumido ciclista. Ya la rueda delantera de la bicicleta tropezaba con la muleta del descuidado cojito, cuando Pitirriti, echando mano de su providencial invento... ¡zas!, convirtió al ciclista en un juguete mecánico, de esos que andan dándoles cuerda. Ante el nuevo prodigio un "¡Ah!" salió de todos los pechos.

Confesemos que estos hechos eran para asombrar a cualquiera. ¡Sólo Pitirriti era capaz de una hazaña semejante! ¡Y si la cosa hubiera parado aquí! Pero Pitirriti siguió haciendo transformaciones.

Pasó un rebaño de cabras, y las cambió en cabritas de madera. Después fué un campo de *foot-ball* el que sufrió la transformación. Por último, una casa entera quedó convertida en casa de muñecas... Después de esto, Pitirriti se retiró a descansar, diciéndose: "Por hoy basta".

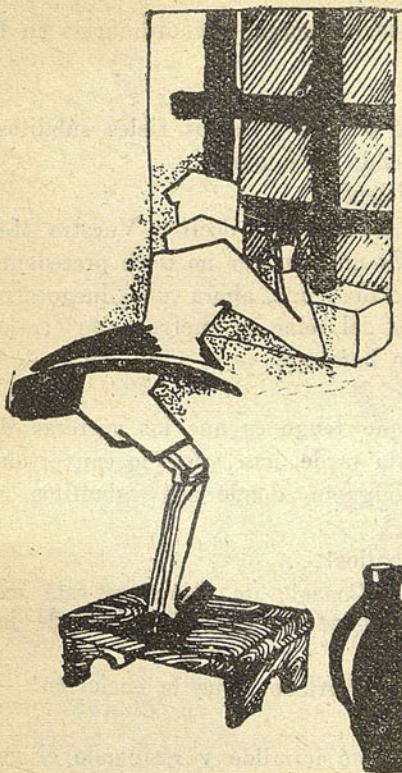
V

El rey de las Islas Verdes era un gigante muy feo, que tenía unas barbas que le llegaban hasta la cintura. Era verde, como el color de sus islas, y tenía un genio imposible. Siempre estaba regañando y por la menor contrariedad mandaba a la cárcel a todo el mundo. Se llamaba Godofrón.

Aquel día, el rey Godofrón estaba de peor humor que de costumbre. No había recibido noticias de Florián V, y como había terminado el plazo concedido, esto le hacía suponer que

la bella princesita Rosa-Luz le despreciaba y no consentiría en casarse con él.

Pensaba tomar una venganza terrible, y meditando estos



La policía abresó a Pitirriti y le encerró en una fortaleza.



negrös poryectos, se paseaba por su habitación como un tigre enjaulado.

Un alabardero de servicio penetró en la estancia y anunció que el gobernador solicitaba urgentemente una entrevista.

—Que pase — dijo de muy mal talante Su Majestad.

con un vozarrón formidable.

El pobre gobernador penetró en la regia cámara más muerto que vivo.

—¿Qué pasa, gobernador?

—Señor, desde ayer ocurren cosas extraordinarias en la ciudad.

—¿De qué se trata?

—Por no se sabe qué causas, vuestros fieles súbditos, gran señor, se van convirtiendo en muñecos.

¿Qué idioteces estás diciendo?

—¡Ay! Lo que tengo el honor de decir a Vuestra Majestad, es la pura verdad. Es un caso que no tiene precedente en la historia; pero, desgraciadamente, ahora, uno, luego otro, poco a poco, todos los seres del reino se vuelven de trapo, de cartón, de madera o de hojalata.

—¡De hojalata!...

—La última noticia que tengo es que las carreras de caballos que se celebran esta tarde, han quedado convertidas en una preciosa pista de juguete, donde los caballitos se mueven con una manivela.

—¡Las carreras de caballos!...

—Y el presidente del Consejo de Ministros está expuesto, desde ayer, en el escaparate de una tienda de juguetes.

—Este gobernador está chiflado, ¡que le encierren! — rugió el rey, exasperado.

—Me es igual — contestó humilde y resignado el gobernador—; al fin y al cabo acabaré siendo como todos, de trapo o de celuloide.

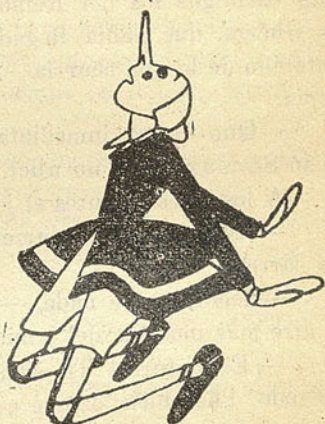
En aquel momento se presentó el caballerizo mayor. Entró tambaleándose y con la faz tan lívida, que el rey no pudo menos de exclamar:

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

—¡Ay, señor! Mucho peor; lo que me pasa no tiene nombre.



*Y entonces vió que un
ligero aeroplano volaba
sobre la ciudad.*



—Explicate de una vez...

—Estoy aturdido, idiotizado, no sé cómo ha podido suceder; pero lo cierto es, que en las reales caballerizas de Vuestra Majestad no queda un caballo, no queda una carroza, no queda un mal coche de servicio...

—¿Qué dices?!

—Todo, todo, incluso los cocheros, los lacayos y los palafreneros, ha quedado convertido en juguetes, eso sí, preciosos.

—¡¡¡¡¡Oh!!!!...

—Esto debe ser una epidemia — dijo, conpungido, el gobernador.

Godofrón descargó tal puñetazo sobre una mesa de mármol, que la hizo añicos.

Los asistentes se miraron horrorizados; sólo el gobernador se encogió de hombros irrespetuosamente. Al fin y al cabo, como tenía el convencimiento de que acabaría, a su vez, siendo un muñeco, todo le salía por una friolera.

—Esto debe de obedecer a alguna maniobra de nuestros enemigos los del Reino Florido — dijo el Ministro de la Guerra, que había llegado hacía un momento y se había enterado de lo que ocurría—. Entre nosotros debe haber algún espía.

—Que venga inmediatamente el jefe de policía — ordenó Su Majestad a un ujier.

A los cinco minutos el jefe de policía estaba presente.

—¿Sabes lo que ocurre? — le preguntó el rey, a boca de jarro.

—Señor, no sé nada — respondió el jefe de policía con el aire más inocente del mundo.

—¡Es natural! Tú siempre eres el último en enterarte de todo. Pues bien, ocurre que en la ciudad ha debido de introducirse algún enemigo que convierte mis gentes, mis caballos y mi comida en juguetes. Te doy un plazo de veinticuatro horas para descubrirle y encerrarle. Si no lo haces así, te ahorcaré del palo de un navío... He dicho.

El jefe salió disparado en busca del misterioso espía.

Y Su Majestad dió por terminada la sesión, pegando otro puñetazo sobre la mesa, que hacía juego con la anterior, y que, como la anterior, quedó reducida a cenizas.

VI

La policía consiguió apresar a Pitirriti, quien fué ence-

rrado en una fortaleza, rodeada de centinelas armados hasta los dientes.

Cuando Godofrón supo que estaba encerrado, dijo:

—Está bien. Por ahora, que siga prisionero. Lo primero es ir al Reino Florido, castigar a ese insolentillo de Rey Florián, traerme a la princesa Rosa-Luz y después ya veremos lo que se ha de hacer con este individuo que se permite gastarme la broma de convertirme a la gente en muñecos.

Y dicho esto, dió las órdenes necesarias para que inmediatamente partiese un formidable ejército a conquistar el reino Florido.

A los dos días salieron ciento cincuenta barcos transportando las tropas y todo el material de guerra necesario.

Y al tercer día, el bello país del Reino Florido estaba invadido por los soldados de las Islas Verdes. El mismo rey Godofrón marchaba a la cabeza.

Ni Florián V ni Rosa-Luz habían tenido noticias de Pitirriti.

El rey había perdido la esperanza, pero la princesita confiaba siempre...

Así las cosas, llegó la noticia de que los ejércitos del rey enemigo acababan de desembarcar en el país, y que avanzaban a grandes marchas hacia la capital.

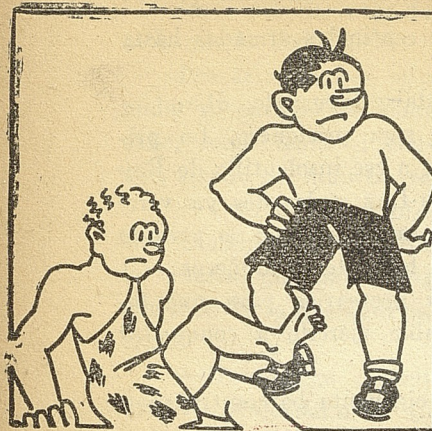
(Sigue en la página 29).

LUCERITO WATT

Dice: Para tener opción al Concurso bastará recortar el Cupón que publicaremos en el próximo número.

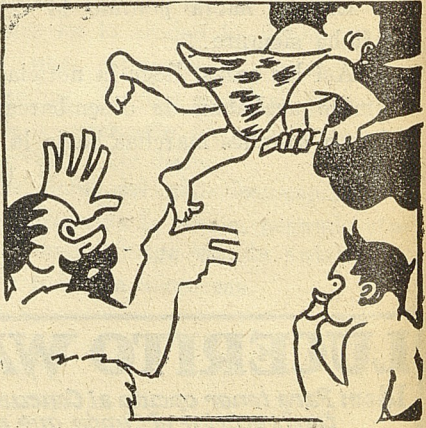
VEA LA PAGINA





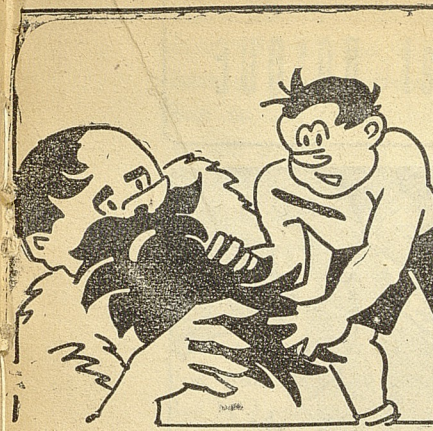
1.—Chascón, al oír el rugido que venía de la selva, dejó caer al suelo a Tarzán y escuchó atentamente. El rugido se acercaba cada vez más.

2.—“Debe ser el Hombre-León”—dijo Tarzán, tiritando de miedo—. En esos momentos apareció el Hombre-León, gigantesco, forzudo y feísimo.

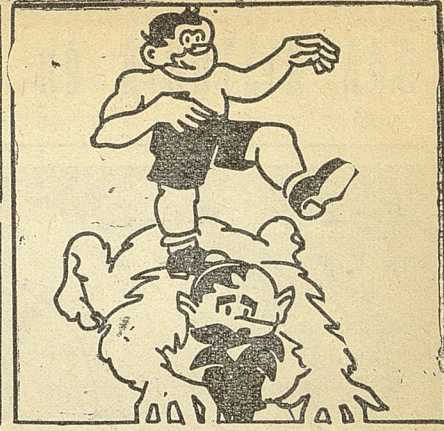


3.—Dió un último rugido, tomó a Tarzán de una pierna y lo lanzó por el aire como si fuera una flecha o una pelota.

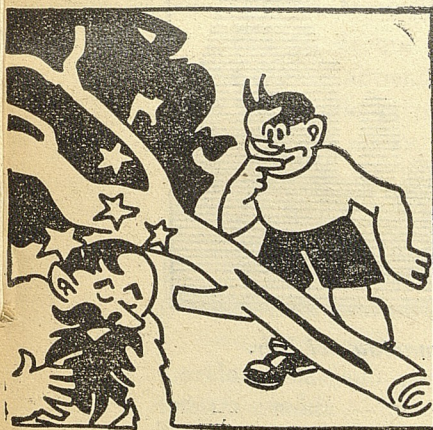
4.—Tarzán quedó, al caer, encima de un árbol, y desde allí comenzó a mirar lo que el Hombre-León se disponía a hacer con Chascón.



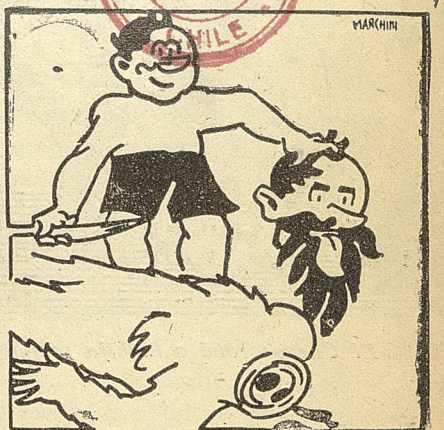
5.—El feroz Hombre-León levantó a Chascón como a una pluma; pero Chascón se cogió de las barbas del monstruo, que comenzó a aullar de dolor.



6.—Entonces el Hombre-León se echó al suelo, para aplastar a Chascón; pero, este, muy ágil, se trepó encima y le bailó en la espalda.



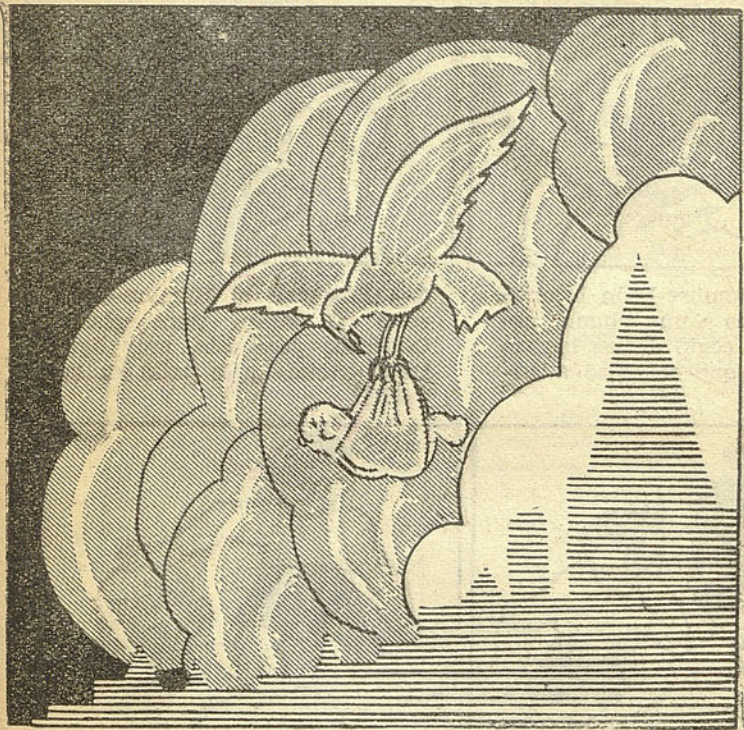
7.—El Hombre-León dió un rugido tan retumbante que el árbol en que estaba refugiado Tarzán cayó encima de la cabeza del gigante monstruoso.



8.—Chascón aprovechó el aturdimiento del Hombre-León para cortarle la cabeza con un cuchillo que el monstruo llevaba en la cintura.

¿Qué sucedió después? Eso lo sabrá en el próximo número.

UNA HISTORIA en el BOSQUE



El Cuervo robó a la hija recién nacida del Rey.

Era en la hora en que los pájaros acuestan a sus pequeños, y su gorjeo es como una última oración, y en que la madre Ardilla, y la madre Corneja y la madre Rana — y todas las que pueblan el bosque—, después de dar de comer

a sus hijitos, velan su sueño durmiendo con un solo ojo. La incansable Araña tejía su tela en que el rocío y los rayos lunares son fugitivas pedrerías, y los duendes se columpiaban en sus tenues hilos, mientras los topos y los erizos recogían provisiones para el invierno próximo. Y la luna gris rosa subió entre los álamos de plata. Con silencioso vuelo, llegó papá Cuervo, llevando en su pico un extraño envoltorio. La señora del Cuervo bajó a su nido y le increpó amargamente:

—Parece mentira que hayas tardado tanto, sabiendo que te esperábamos para cenar. Ya he acostado a los pequeños, que sólo han cenado unos gusanillos que me dió mi madre la Lechuza. ¿Te parece bonita semejante conducta?

El señor Cuervo respondió, con aire satisfecho de sí mismo:

—Cierto que he tardado, pero las tiendas estaban cerradas, y no quise volver sin provisiones; pero cuando veas lo que te traigo, te alegrarás.

¡Con tal de que no te hayan engañado en el peso! — dijo la esposa, abriendo el envoltorio. Pero al ver lo que era, lanzó tan agudo grito de espanto, que todos los moradores de la selva — mirlos, cornejas, lirones, ardillas, todos, hasta los duendes, hasta la araña infatigable — acudieron, asustados y a medio vestir, en curioso tropel.

—¿Qué ocurre? ¿Acaso hay fuego? ¿Ha llegado un hombre al bosque? ¿Acaso destruyen nuestras viviendas? — preguntaba cada cual en su lenguaje.

—¡Algo peor! — clamó airada la señora Cuervo—. Mi marido, aconsejado por un espíritu maligno, ha traído para nuestra comida — ¡asco me da decirlo! — una cría de hombre, ¡con perdón sea dicho!

Todos rodearon al recién nacido, con temor y asombro. Dormidito en sus pañales, sobre la hierba estrellada de mar-

garitas, no parecía echar de menos su cuna. La señora Araña, muy entendida, declaró que aquellas telas que le envolvían, eran maravillosamente sutiles, aunque poco prácticas, porque no servían para cazar moscas; pero esto lo dijo con cierta envidia profesional. El Cuervo trató de disculparse:

—Verán ustedes... Todo estaba cerrado, y al pasar por una casa cuyas ventanas estaban abiertas e iluminadas, vi una especie de nido brillante, rodeado de seres humanos que aullaban en su idioma: — ¡Qué cosa tan rica! — ¡Es deliciosa! — ¡Parece de dulce! — ¡Dan ganas de comérsela! — Pensé que sería algo magnífico de comer, y cuando todos dormían, la robé y la traje aquí.

Comadre Urraca, muy informada de todo, graznó:

—¡Desdichado! ¡Has robado nada menos que a la hija recién nacida del Rey! ¡Lo mejor que puedes hacer es devolverla para evitarnos historias con la policía!

—¡El caso es que no sabré volver a Palacio! — dijo el Cuervo—; además, pesa mucho...

—Decidamos — exclamó un Zorro, que odiaba a los humanos porque dejó la cola en un cepo—. Estas crías, cuando crecen son malísimas y nos destruirá a todos. Mejor es matarla cuanto antes, y repartirla para su comida a los animales pobres...

Y añadió disimuladamente:

—Yo estoy muy mal de fondos, este mes...

—¡No le matéis! ¡Duerme tan bien! — dijeron los Lirones; y la Rana, enternecida, lloraba sobre el hombro del Sapo.

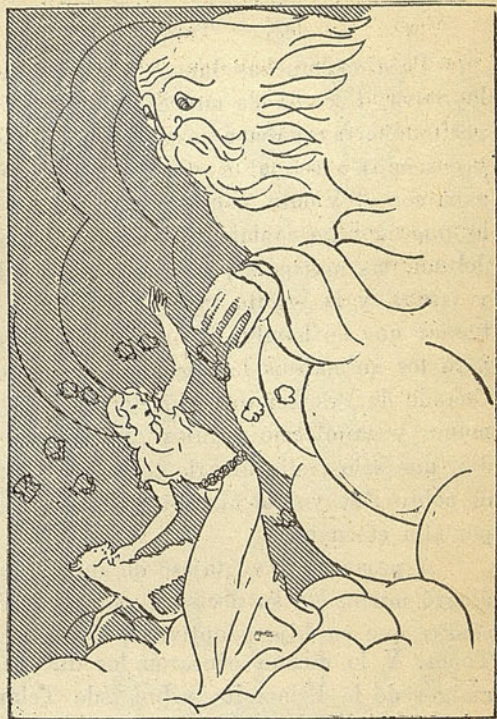
—Mejor es que se críe con nosotros — dijo un duende—. Así crecerá y nos amará, y cuando sea mayor nos defenderá de sus hermanos.

—Va a morirse de hambre — dijo el Cuervo.

Pero el duende dijo que él conocía a una cabra que le criaría gustosa.

La Ardilla, que era muy frívola en sus juicios, se rió: — ¡Es como si quisieran alimentar con peces a mis hi-

*Una tarde de
viento y de bo-
rrasca, llegó el
Rey Invierno.*



jos! — Pero otro duende muy sabio dijo que los hombres no se parecían en nada a las Ardillas.

El viejo Cuervo estaba satisfecho y se daba cierta importancia. Y todos se fueron a dormir. El Cuervo no pudo subir a la criatura a su nido, y la dejó en un montón de hojas secas.

Ya era la medianoche cuando llegaron la Reina y las doncellas, llorando bajo sus largos velos de oro. Buscaban a la Princesita recién nacida, pero no la hallaron y regresaron desoladas al palacio.

II

Pasaron muchas lunas, y la Princesita era el alma de la Selva. Pintaba de suaves colores las flores nuevas y las perfumaba, ayudaba a los pajaritos a romper sus cascarones, y enseñaba a reír al manantial. Hilaba con la Araña, y danzaba con el Viento, y era la maestra del Ruiseñor y del Mirlo, que en vano copiaban su risa. Sus juguetes eran los rayos del sol, las mariposas, el agua del río. Iba vestida de flores y frutas, y la seguía su fiel nodriza la Cabra. Los duendes temían que un hombre la arrebatase, enamorado de su belleza, pero los animalitos la vigilaban, y nadie logró verla nunca. Cuando dejó de ser una niña, el Rey de los Gnomos pidió su mano, y la ofreció regalos espléndidos. Pero ella rió y le dijo que sólo podía amarle como a un abuelito muy viejo. Y el pobre Rey volvió al centro de la tierra prometiendo velar por ella eternamente.

A pesar de lo ventajoso de aquella boda, Papá Cuervo se alegró mucho de su decisión, porque le daba mucha pena el pensar que su hija adoptiva se fuése a vivir al país de los Topos. Y lo mismo pensaron los duendes, que eran grandes amigos de la Princesita, sobre todo Telaraña, Polilla y Grano de Pimienta, tres de los más viejos y malignos, que en varias ocasiones salvaron a Primavera de ser raptada.

Así, por ejemplo, cuando una tarde de viento y de borrasca, llegó el Rey Invierno — un malvado anciano que nunca había aparecido por el bosque — a apoderarse de la Princesa, Polilla, ayudada de su innumerable familia, devoró las pieles de oso blanco que le cubrían, y le obligó a retirarse, me-



El Rey de los Gnomos pidió su mano, y le ofreció regalos espléndidos.

dio desnudo y tiritando como un mendigo. Otra vez, un trovador desarropado la vió dormida en un almendro en flor y la dedicó una horrible sonata en el laúd; pero Grano de Pimienta, introduciéndose en su nariz, le hizo estornudar tantas veces, que se alejó, maldiciendo para siempre de las selvas y de las sonatas a la luz de la luna.

Por su parte, el buen Telaraña, tejiendo en torno de la Princesita una espesa red plateada, la libró de ser vista por el sultán de Bokhara, que atravesaba el bosque, en busca de la más bella princesa del mundo, seguido de cien camellos amarillos, de cien elefantes negros y de cien cebras rayadas, portadores de tesoros nunca soñados.

Una tarde en que se oían las trompas de caza, y los habitantes de la Selva estaban ocultos, llegó la Cabra nodriza atravesada de una flecha y murió a los pies de la Princesa, que retorció sus manos desesperada. Tras ella vino un cazador de aspecto malvado, que le dijo que el animal le pertenecía. La Princesa le maldijo cruelmente, pero el doncel se encogió de hombros y la empujó brutalmente. Y la Princesa, creyendo que quería hacerla daño, le mordió una mano:

—¡Bruja inmunda, me has envenenado! — gritó el cazador, y la cogió de los cabellos; pero al ver su belleza, pensó en vendérsela al Rey. Y ella, al mirarle se enamoró de él, y olvidó su rencor. Y no notó que mientras la hablaba dulcemente, ataba sus manos con fuertes cordeles. Pero la Urraca dió la voz de alarma, y en seguida llegaron todos los súbditos de la Princesa, y con garras, dientes y picos despedazaron al malvado y le arrancaron el corazón, que era de hierro. Y entonces la Princesa gritó de horror y les acusó de haberla atado las manos para que no pudiese defenderlo. Y huyó de la Selva, no se sabe dónde. Quedó la Selva triste; morían las flores y el arroyo lloraba de tedio; y los pájaros huyeron todos.

Por fin el Rey de los Gnomos halló a la Princesita entre rocas y al borde del mar. Y la llevó en un ataúd de cristal, porque estaba como muerta. Y en vano vinieron doctores ni mágicos, pues nadie la daba la vida.

Entonces el Rey de los Gnomos consultó al Espíritu del Fuego, que dijo que la Princesa volvería a la vida si por ella se sacrificaban siete criaturas, atravesando sus corazones con estiletes de diamantes. Y siete hadas murieron al pie del féretro de cristal.

Y entonces resucitó la Princesa, y su primer grito fué llamar al cruel cazador. El Rey de los Gnomos comprendió que no podía olvidarle, y mandó traer su cadáver, y le resucitó, después de ponerle en lugar del corazón una rosa espinosa, para que las punzadas de las espinas le recordasen que el amor de la Princesa le había devuelto la vida, y que su amor fuese como el aroma de la rosa.

Y la Princesa Primavera se casó con él, y vivieron en la Selva. Y volvió a ser la madrina de los pájaros y de las rosas, y la maestra del arroyo y del Ruiseñor.



LUCERITO WATT

Dice: *y presentarlo en la Compañía Chilena de Electricidad Limitada, donde le darán una cartulina para iluminarla.*



EL PONCHITO

Era un pueblecito, pero a Alejo le pareció una ciudad. La primera noche no pudo dormir: tantos eran los ruidos a que no estaba acostumbrado. Un coche, un automóvil, una canción en la casa vecina, las conversaciones de los escasos transeúntes... El había oído hablar del bullicio de la ciudad: sin duda era eso. En su rancho, en medio del valle, sólo se oían a ratos los gritos de las aves nocturnas que acentuaban aún más el gran silencio del campo. En su rancho no había más que una mesa y bancos hechos por su padre, de tablas sin pintar. Y aquí lo rodeaban muebles de patas torneadas y un gran armario con espejo que brillaba azuladamente a la tenue claridad lunar filtrada por una rendija del postigo. Eso debía de ser el lujo de la ciudad de que también había oído hablar. Lujo, sobre todo, en el vestir de la gente. ¡Qué diferencia con sus ropitas! El día anterior, casi en seguida de llegar, su tío había dicho: "Hay que hacerle ropa".

Alejo iba a pasar todo el año en el pueblo, en casa de su tío, para ir a la escuela. Ya era tiempo: tenía diez años.

Si: ¡qué diferencia con sus ropitas! Pero él también tenía su "lujo". Era lo único que había traído consigo. Ahí estaba, debajo de la almohada.

Era el ponchito de lana que su madre había hilado, tejido y tejido.

Evocaba a la madre, sentada, casi en cuclillas, a la som-

bra de la vieja higuera, tejiendo su ponchito en el telar de palos plantados en el suelo. Así la había visto día tras día, durante dos meses. Ahora, sí, comprendía y admiraba su paciencia.



*Alejo iba a pasar toda
el año en el pueblo, en
casa de su tío.*



Tejido con amorosa solicitud, el ponchito era lo único que, superando la ruda pobreza con la paciente labor de sus manos, le había podido ofrecer la madre; lo único que de ella llevaba para la larga ausencia. ¡Y cuánto le había recomendado que no se lo quitara de los hombros en los días fríos! Como si creyera que en la ciudad no habría mejor ropa de abrigo.

Lo trajo puesto e iría con él a la escuela.

¡La escuela! Se le oprimía el corazón al acordarse de ella, como el enfermo que piensa, de pronto, en la operación quirúrgica. Era para su bien, lo sabía, pero le asustaba ese mundo desconocido en que mañana entraría.

¡Cuánto tardaba el nuevo día! Le pareció que la noche, la oscuridad que lo rodeaba no acabaría nunca, que su hogar se perdía para siempre en la lejanía. Se sintió solo, abandonado, perdido. Sentóse en la cama y tendió las manos como buscando algo para asirse y no resbalar en un abismo oscuro. Las agitó en vano e iba a sallozar cuando, bruscamente, buscó debajo de la almohada y hundió las manos en el ponchito.

—¡Mamá! — dijo como en las noches en que se despertaba sobresaltado de susto.

Sus manos se deslizaban ansiosas en el suave tejido del ponchito. Conocía esa suavidad de caricia. Ya no estaba solo.

—¡Mamá! — murmuró tranquilizado.

Y con las manos en el ponchito se durmió tranquilo, como en su hogar, cerca de la madre.



[(Viene de la página 15)]

El terror de los habitantes del Reino Florido no es para descrito. No eran cobardes, no; pero la lucha era demasiado desigual. Por todas partes se veían caras llorosas o miradas iracundas; Florián V era presa de la más grande desesperación. Los habitantes se disponían a defender heroicamente la ciudad hasta el último esfuerzo. Las mujeres, los ancianos y los niños huían hacia el interior. Aquello era un desastre. Y sólo Rosa-Luz confiaba...

Llegó el día temido. Desde las murallas se vieron aparecer las tropas enemigas que avanzaban. Era un ejército formidable e imponente.

Y sonó el primer cañonazo. Y se vió un aeroplano que cruzaba los aires...

VII

Dejamos a Pitirriti encerrado en la fortaleza.

Al principio, su desesperación no tuvo límites.

Dieron las doce en el reloj de una torre vecina. Un carcelero entró con un cántaro de agua y un trozo de negro pan. Era la comida que destinaban al prisionero.

Pitirriti intentó sobornar al carcelero, pero aquel hombre era inflexible, y sin escucharle salió cerrando la puerta con tres cerrojos. ¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?

Entonces Pitirriti se fijó en el cántaro, y una idea cruzó por su mente.

Se puso en pie, y a saltitos se acercó al cántaro y dándole un empujón le hizo caer y romperse. Esto era lo que se proponía.

Se sentó junto a uno de los trozos, y sujetándole con las rodillas, empezó a pasar las cuerdas que ataban sus manos por el borde del trozo de cántaro.

Lento y pesado era el trabajo, pero la voluntad de Pitirriti era muy grande. Poco a poco la cuerda mordida por el filo del trozo de cántaro se iba cortando. Al amanecer, la cuerda estaba cortada y nuestro héroe pudo separar sus manos en un suspiro de satisfacción. ¡Al fin estaba libre! Porque ya comprenderéis que pudiendo servirse de su jeringuilla, a los cinco minutos Pitirriti estaba en la calle y la formidable fortaleza quedaba reducida a una de esas construcciones de papel que hacen los niños para divertirse.

Pero, al verse en libertad, averiguó que el rey Godofrón y su ejército habían partido ya contra el Reino Florido.

Y Pitirriti, por primera vez en su vida, tuvo miedo.

Tuvo miedo por el noble rey Florián; tuvo miedo por la dulce princesita Rosa-Luz; tuvo miedo por el hermoso país del Reino Florido.

Aquello bastó. Dando saltos como un loco llegó al aeródromo. Allí había dos aparatos dispuestos. Saltar sobre uno de ellos y elevarse por los aires, fué cuestión de unos minutos. Después se perdió de vista en dirección del país amigo...

VIII

Al oír el primer cañonazo y al ver avanzar la infantería, el rey Florián y la princesa Rosa-Luz cerraron los ojos. Y cuando los volvieron a abrir, ya no vieron nada.

Como si se los hubiera tragado la tierra, el ejército enemigo con sus cañones, sus caballos, sus infantes, su rey y su Estado Mayor, habían desaparecido. Tampoco el aeroplano se veía ya.

No se veía nada, nada, nada. Es decir, sí; al poco rato se vió que por la carretera avanzaba tranquila y reposadamente una figurilla.

Rosa-Luz fué la primera en reconocerla, y, dando un grito de alegría, exclamó:

—¡Pitirriti!

Y Pitirriti era; llegó a la ciudad, entró en palacio y, arrodillándose ante el rey, dijo así:

—Señor, aquí tenéis a vuestros enemigos.

Y destapó una caja donde, perfectamente alineado, veíase un ejército de soldaditos de plomo, con sus cañones, sus caballos y hasta sus tiendas de campaña.

Luego, volviéndose hacia la princesa, dijo:

—Aquí tenéis, señora, a vuestro pretendiente:

Y al decir esto, desenvolvía el muñeco más caprichoso que pueda imaginarse. Era el rey, el mismísimo rey Godofrón, reducido a la altura de una mano de almirez, de gamuza, perfectamente articulado, y que movía los ojos de una manera cómicamente furibunda.

Florián V, olvidando el protocolo, se abalanzó a Pitirriti y le estrechó entre sus brazos. La princesita Rosa-Luz, mientras tanto, ponía en la mano del héroe un paquetito y le decía:

—Toma, los he guardado para ti.

Eran bombones de chocolate y fresa, especialidad de palacio.

.....

Algunos años más tarde, en el palacio real del Reino Florido, dos niños preciosos se divertían alegremente con unos soldaditos de plomo.

Eran los hijos de la princesa Rosa-Luz que jugaban con el formidable ejército de las Islas Verdes.

EL CONCURSO de CHASCON

CHASCON invita a todos sus lectores a participar en su Concurso. Ya hemos dicho de qué se trata. Lo repetiremos ahora, brevemente:

CHASCON publica, todas las semanas, un cuadro numerado, que se llama "Página del Concurso". Los lectores tienen que colorarlo y enviarlo en seguida con su nombre y dirección a REVISTA CHASCON — Casilla 63-D.

Aparecerán 16 de estos cuadros. Se darán buenos premios. La lista de premiados se publicará en el número del 17 de septiembre.

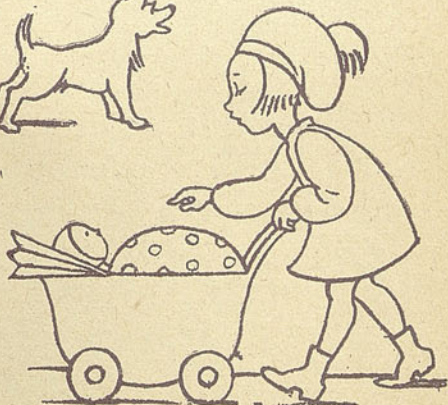
El Primer Premio consiste en una hermosa bicicleta que se exhibe en las vidrieras de la Editorial Ercilla (Agustinas 1639). Obtendrá este premio el que colore mejor los 16 cuadros.

Habrà más de 100 premios muy interesantes para los que hayan colorado un poco menos bien estos cuadros del concurso, como asimismo para los que no envíen sino algunos. A estos últimos concursantes se les exigirá que sea excelente la coloración de los cuadros que envíen.

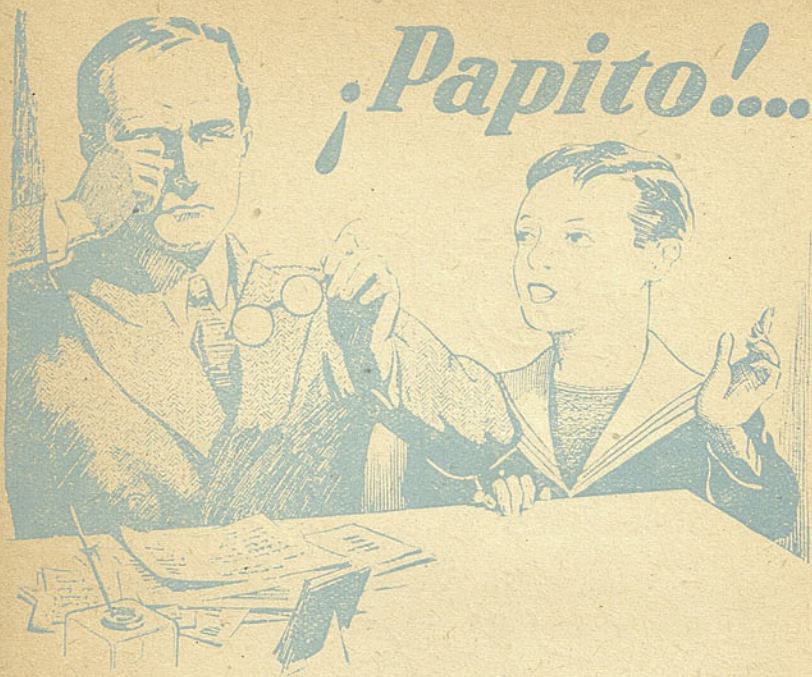
Póngase, pues, al trabajo y trate de ser el que
mejor colore los 16 cuadros de la
Página del Concurso.

PAGINA DEL CONCURSO

(CUADRO N.º 9)



*Póngale color a estos dibujos y
mándelos, con su nombre y direc-
ción, a esta revista*



¡Papito!...

... mi abuelito tiene la culpa de que te duela la vista, porque no te hizo estudiar con buena luz cuando eras chico ...

**YO NO QUIERO QUE
ME PASE LO MISMO!**

*Tienes razón hijito; pediré a la
CIA. CHILENA DE ELECTRICIDAD LTDA.
un estudio de la intensidad luminosa que se debe
emplear en nuestro hogar.*